

¿Por qué la magia?

El léxico de la fascinación procede en gran parte del vocabulario de la magia. Forma una red semántica que pone en relación ideas afines y palabras que incumben al deslumbramiento, la seducción, el encantamiento, el asombro, el engaño, el deseo, la sugestión, el sometimiento, la ofuscación, el trance, el pasmo, el milagro, el embaucamiento, la rareza, la decepción o el prodigio. No obstante, aquello que las palabras evidencian, el papel determinante que la magia ha tenido para configurar nuestra manera de percibir y sentir la realidad, no ha sido explorado hasta hace muy poco. Especialmente la importancia crucial de la magia para suministrar las tecnologías del espectáculo, los términos y el contenido de la cultura moderna, el modo de contemplarse a sí misma a través de la dialéctica del encantamiento y el desencanto.

Desde el renacimiento la magia se seculariza y convierte en un arte escénico, que en modo alguno reclama poderes sobrenaturales o contactos con fuerzas oscuras del más allá. En Europa la magia ha adoptado diferentes fundamentaciones. Existe una magia filosófica entre cuyas manifestaciones se hayan la cábala, el neoplatonismo, la tradición hermética y la gnosis. Existe, así mismo, una magia popular que se asienta en la creencia y se manifiesta a través de ensalmos, hechizos, augurios y presagios. Una tercera corriente se cimenta en el significado de los signos lingüísticos y sus com-

binaciones, que incluye las innumerables mancias. Por último, la magia que fue conocida como blanca o magia natural, que se orientó hacia el estudio de la naturaleza a través de sus rarezas, sus fenómenos extraños, sus maravillas y prodigios, precedente de la moderna ciencia. Aunque el ilusionismo escénico, la magia secularizada, se inspira en todas ellas, es la magia blanca o natural la que influye de forma más poderosa en su constitución y desarrollo.

Para el mundo académico ha resultado difícil apreciar la contribución de la magia a las transformaciones de la cultura y la sociedad moderna. Son varios los motivos. Sin duda ha contribuido su persecución y marginación fuera del espacio que compartía con la religión. Paralelamente al proceso de racionalidad científica ligó su destino a la ficción y las artes de la representación o escénicas. Con unas características singulares que han propiciado su desconocimiento o la desconfianza. Una de ellas es su proximidad al engaño. No olvidemos que algunas de sus ramas, como la cartomagia, se articulan a partir de las trampas de juego de los tahúres o, como los *pick-pockets*, se inspiran en las técnicas de los carteristas. Otra es su vinculación con el secreto. Durante mucho tiempo los magos han guardado sus invenciones para sí, celosamente, como parte de un patrimonio que se transmitía a descendientes o discípulos. Aunque muchas veces el hermetismo fue quebrado por la trai-



Houdini momentos antes de realizar un truco de escapismo en Nueva York (1912).

ción de ayudantes o la perspicacia de científicos estudiosos, el archivo histórico de la magia tiene limitaciones, dificultades para su acceso, peculiaridades en sus fuentes.

En el Renacimiento los magos actuaban en las cortes, desempeñando otros papeles relacionados con la diplomacia y el espionaje. Al tiempo se desarrolló una versión callejera y popular en las ferias. Durante el siglo XVIII las aproximaciones y correspondencias entre la ciencia y el ilusionismo eran estrechas y las sensaciones mágicas estaban determinadas, en una doble dirección, por el acervo de conocimientos. Por una parte los magos no sólo se presentaban como profesores de física, también tenían que recurrir a principios científicos y avances tecnológicos para realizar sus maravillas. Incorporan a sus espectáculos la química, las matemáticas, el magnetismo o la electricidad. Por otra, para el público, la sensación mágica de lo que veía aumentaba o disminuía en función de su comprensión científica

de los hechos. La magia ilusionista era un acicate para formularse preguntas, un laboratorio para la investigación científica y un vehículo de divulgación de la ciencia no sólo para el público profano, sino también para los iniciados, muchos de los cuales la practicaban. Y al tiempo era un antídoto para el desencantamiento del mundo provocado por la racionalización cultural y la convicción de que todo puede ser dominado mediante el cálculo y la previsión. Desde esta perspectiva, la magia sería un principio reactivo de reencantamiento.

A veces cae en la ambigüedad, como cuando se confunde con el espiritismo. Pero su lenguaje se formaliza en el siglo XIX. Una basada en la perfección del arte y en la habilidad que compendia Robert-Houdin. Y otra que prosigue la tradición bizarra, desmedida, canalla y callejera de la farándula itinerante. Méliès se reclamará de las dos y las mezclará en sus películas con más fortuna que el agua y el aceite.

Para entonces la magia ya ha ensayado novedosas técnicas publicitarias, se ha convertido en un arte global, pues los magos no conocen fronteras y contribuyen decisivamente a la creación de una industria moderna del entretenimiento que transformará la cultura popular dominante en la sociedad occidental desde la Edad Media en la naciente cultura de masas.

Hemos querido abrir nuestras páginas al ilusionismo para que ocupe con naturalidad su puesto en el conjunto de las actividades artísticas y de la producción cultural. Dando la voz a los propios magos, para que hablen de su arte que interroga nuestros deseos y pone en tela de juicio encarnizadamente las fronteras entre la realidad y la ficción, los límites de la realidad en el Gran Espectáculo del Mundo en el que nos toca vivir.

Ramón Mayrata